

ÍNDICE

Introducción, o los motivos para escribir este libro.....	9
Puertas.....	11
Nunca estuve en México.....	17
Supervivientes.....	27
4.300.....	33
Por lo civil o por lo criminal.....	35
Condenados.....	41
4.291.....	47
Maná.....	49
Pagar.....	57
4.285.....	65
Hoja de invierno.....	67
Cool.....	71
Querer y poder.....	81
Domingos.....	87
4.273.....	97
Esforzarse.....	99
Estaba lejos, era difícil.....	111
Tú.....	121
Agradecimientos.....	125

INTRODUCCIÓN, O LOS MOTIVOS PARA ESCRIBIR ESTE LIBRO

«Los motivos del lobo» es un poema de Rubén Darío. El poema cuenta la historia de un lobo al que todos temen por su ferocidad, por su tamaño y, sobre todo, porque devora por igual tanto a corderos como a pastores. Un día el lobo recibe en su cueva la visita de Francisco de Asís, quien lo persuade para que deje de matar. Para ello le asegura que será alimentado por los vecinos del pueblo: de esa forma, le explica, todos ganan. Tanto cambia la bestia con el paso del tiempo, tan mansa e inofensiva se vuelve, que las personas que tiene alrededor comienzan a abusar de ella y a vengarse, hostigándola y maltratándola. Al final, el lobo decide volver a su esencia para sobrevivir.

Luces de emergencia es un libro de relatos en los que el tema central de todos ellos es el trabajo y sus condiciones, o las consecuencias de no tener trabajo, o de ser explotado en uno. Trabajos precarios, duros, monótonos; o tal vez no tan duros, pero sí en condiciones adversas, difíciles de sobrellevar en un día a día que intenta aplastar a sus protagonistas. Personajes anónimos, los protagonistas de estos relatos, que no tienen una raya de diálogo a través de la que expresarse, como no tenemos cabida en los grandes medios de comunicación —pese a ser mayoría— las personas que pertenecemos a la clase trabajadora. Cada relato tiene su trama propia. Algunos esconden una incógnita que resolver, otros, una situación ante la cual, la lectora, deberá posicionarse.

Es un libro escrito desde una clase social, desde una habitación alquilada de uno de tantos barrios periféricos de cualquier ciudad. Porque eso es lo que me propuse desde el principio: escribir este libro para evitar que otros, que otras, vengan a contarnos lo que vivimos en nuestro día a día a quie-

nes pertenecemos a la clase trabajadora. Estas, y otras muchas historias que escribiremos, son nuestras y deben ser contadas por nosotros, porque solo de esa manera serán auténticas.

Quiero pensar que este libro de relatos simboliza un lobo que, enjaulado, enseña sus colmillos ante los abusos que el capitalismo comete contra nuestra clase social, de alguna manera domesticada, maniatada bajo las normas de un sistema que no le permite llegar al poder y gobernarse a sí misma.

PUERTAS

«No lo entiendes, pero lo entenderás», eso me dijo mi padre desde el asiento del conductor de nuestro Opel Corsa gris, después de dejar sobre mis piernas el pasamontañas negro que me negaba a coger. Era de noche, y yo no tenía claro el motivo por el que me había despertado y sacado de la cama a las dos de la mañana, mirándome fijamente a los ojos con el dedo índice sobre los labios. Aunque algo deduje cuando vi que nos dirigíamos al barrio donde dos días antes habíamos hecho una entrega.

No sé cuándo terminó mi infancia, pero sí tengo claro que durante esos meses di varios pasos para dejar atrás la adolescencia. Yo no era un buen estudiante y ese verano mi padre quiso que trabajara con él para que supiera lo que me esperaba si decidía abandonar los estudios para ser peón de albañil en alguna empresa de construcción, como algunos de los amigos de mi cuadrilla habían hecho ya. Tenía diecisiete años y había repetido el último curso del instituto. No sabía qué quería hacer con mi vida, pero cada vez tenía más claro que mi futuro no estaba entre los libros que mi padre y mi madre compraban todos los años por un dineral. Ese año me habían quedado cinco, o, dicho de la forma correcta, había suspendido cinco asignaturas de manera flagrante, incluida religión, a la que me empeñaba en ir solo por llevar la contraria a mis agnósticos progenitores. Así que ese verano insinué que tal vez podría empezar a trabajar unas horas, ya que no tenía intención de aprobar cinco asignaturas en dos meses, y mi padre aprovechó para meterme en la empresa de reparto de electrodomésticos para la que llevaba trabajando más de veinte años.

Esa noche cumplía mes y medio en mi puesto de trabajo; aún recuerdo lo duros que se me hicieron los primeros días. Al principio, pensé que mi padre trabajaba más que el resto solo para asustarme, para que siguiera estudiando, pero luego me di cuenta de que no era ese el motivo. Él ya rondaba los cincuenta y, en la empresa, con el paso de los años, habían ido entrando repartidores más jóvenes, mientras sus antiguos compañeros pasaban a puestos menos exigentes a nivel físico, como los de gestión y atención directa al cliente. A él no le gustaba vender, hablar con los clientes, omitirles información y poner una sonrisa cada vez que escuchaba alguna queja. No, él quería repartir con su Citroën Jumper blanca, salir de la nave, coger la lista de las entregas que le pasaba el encargado y hacer suya la ciudad. Él quería sudar. Sudar era sinónimo de trabajo. Y ningún joven iba a «tirar» más que él. Eso musitaba siempre sentado ya al volante, después de cargar con la carretilla las cajas con lavadoras, lavavajillas y frigoríficos.

Recuerdo que acordamos que mi primera paga la gestionaría mi madre. Una tarde, a principios del segundo mes, se sentó conmigo en la mesa del salón después de fregar los cacharros, con dos tazas de café, y me explicó que a mi sueldo había que descontarle el alquiler de la habitación, la comida del mes, la parte proporcional de las facturas y la mitad del dinero que mi padre se gastaba en gasolina para llevarme y traerme del trabajo. Lo que quedó me lo entregó en mano y me dijo que eso era de lo que podría disfrutar desde ese momento en adelante durante toda mi vida, porque iba camino de ser un burro como lo eran ellos, o incluso más, porque ellos no tuvieron mis oportunidades y yo estaba demostrando ser el doble de bruto al desperdiciar las mías. Que disfrutara de mis errores, pero que no les fuera luego con lloros. Conseguí no derramar ni una lágrima delante de ella. Me dolía la espalda, estaba cansado, no me apetecía hacer nada porque no tenía energía, y el tacto de los escasos billetes en la palma de mi mano no compensaban el esfuerzo.

En realidad, la noche en la que delinquí junto a mi padre, ya empezaba a estar convencido de que los libros serían menos malos que todo aquello. Como habíamos ido en nuestro coche, mi padre aparcó lejos de la casa que tenía pensado

allanar. Lo dejó a quince minutos de distancia caminando, a la entrada de una especie de urbanización repleta de chalés. Yo a esas alturas ya había adivinado que buscábamos el de las paredes pintadas de blanco, el que estaba rodeado por una valla metálica que delimitaba la propiedad. Seguramente el chalé más espectacular de todos: en la parte frontal eran casi todo cristalerías y frente a la casa tenían una piscina para ellos solos. Dentro, me dio tiempo a fijarme la primera vez que estuve, en una sala, había un billar, un fútbolín y varias máquinas recreativas, como las que se podían encontrar en los bares o en las salas a las que yo iba de vez en cuando. Justo sobre esa sala, la casa tenía una gran terraza en forma de semicírculo. Se subía a ella por unas escaleras que empezaban a varios metros de la piscina. Mi padre y yo, varios días atrás, entramos por la puerta principal con dos carretillas y subimos hasta la piscina por una pequeña rampa que partía de un seto. Mi padre lo hacía con un frigorífico enorme y yo llevaba en mi carretilla una lavadora. Una mujer muy amable, plumero en mano, nos recibió en la entrada, ya entre las cristalerías y la piscina, y nos indicó que pasáramos por una puerta que daba al salón. Eran las once de la mañana y mis esfuerzos por mover el electrodoméstico que cargaba eran visibles. Recuerdo mis brazos en tensión sujetando la carretilla, mientras mi padre entregaba una hoja para que la mujer se la firmara. Fue entonces, mientras yo observaba ensimismado la sala de los juegos, cuando un hombre desde la gran terraza que dominaba la casa, ataviado con un albornoz azul y con lo que parecía un café con hielo en la mano derecha, le dijo a la mujer que entráramos por la puerta de atrás, por la puerta de servicio. Mi padre se puso una mano en la frente para hacer de visera y miró al hombre desde abajo, ignorando sus órdenes. En ese momento, el dueño de la casa gritó y volvió a repetir que entráramos por detrás. Para asegurarse llamó a la mujer de la limpieza por su nombre y le dijo que echara la llave en la puerta por la que mi padre estaba ya dispuesto a pasar. Yo ya bajaba la rampa para dirigirme a la parte de atrás, cuando mi padre me adelantó y, para mi sorpresa, abrió la furgoneta y me pidió que le ayudase a subir el frigorífico y la lavadora.

Las consecuencias de su decisión no llegaron hasta que no volvimos a la nave y el encargado lo llamó a su despacho. No pude escuchar lo que le decía, pero a través de los cristales sí observé que mi padre ponía los brazos en jarras y después señalaba con el dedo a su jefe mientras le gritaba algo. Tras terminar la discusión salió dando un portazo y, delante de mí, le pidió a un compañero que me llevara a casa porque él todavía tenía una entrega que hacer.

Por todo esto intuí que íbamos a ese chalé. Cuando salimos del coche no tenía saliva que tragar y miraba a mi padre con los ojos muy abiertos detrás del pasamontañas, no sabía qué iba a ocurrir, cuál era el plan, si mi padre iba a cometer una barbaridad. Esa mañana había estado hablando con su hermano, que trabajaba como camarero en un restaurante de lujo, de esos que ofrecen la experiencia de comer a un precio desorbitado. Mi tío siempre decía que el restaurante podía permitirse ser de lujo porque no se permitían el lujo de pagar un sueldo digno a sus trabajadores. Cuando abrió el maletero y sacamos restos de pescado en dos cubos, supe qué íbamos a hacer.

Caminamos rápido, pero sin correr. A esas horas no nos encontramos a nadie por el camino, aún así, por si acaso, nos quitamos los pasamontañas para no levantar sospechas. Notaba a mi padre alterado y dubitativo. Solo me explicó que si nos encontrábamos con alguien lo dejaríamos para otro día. Las luces de las casas estaban apagadas y a esa hora, cerca de las tres de la mañana, todo el mundo dormía.

Nos situamos frente al chalé, que parecía resplandecer a la luz de la luna iluminado por unos focos colocados en los laterales de la piscina, nos pusimos los pasamontañas y mi padre me avisó de que era probable que tuvieran alarma, pero que también cabía la posibilidad de que no la conectaran todas las noches. Teníamos que probar suerte. Para bien o para mal, cuando mi padre saltó al otro lado, y tras uno segundos en los que arranqué a sudar más que en cualquier día de trabajo, nada sonó, nadie se movió, ninguna luz se encendió. Aún así nos dimos prisa. Cuando le pasé los cubos de pescado a mi padre y salté dentro, él me advirtió que estuviera tranquilo, que no había cámaras fuera de la casa. Entonces nos acerca-

mos a la piscina y vertimos todo el pescado y todo su olor en el agua. Solo nos quedamos unos segundos mirando cómo el esqueleto de algunos peces flotaban y cómo un color rojizo se extendía sobre la superficie. Fue en ese momento cuando vi sonreír a mi padre por primera vez en varios días. Y yo, sin darme cuenta, también sonreí con él.

Del chalé salimos sin problema y nadie nos vio durante el camino de vuelta. La urbanización no era tal, porque no tenía vigilante, en realidad eran un conjunto de chalés en varias calles amplias, y eso facilitó mucho que pudiéramos cometer varios delitos aquella noche. Pero estoy seguro de que mi padre lo hubiera hecho igualmente, aunque tuviera que haber pasado por encima de un ejército y pagar después las consecuencias.

Recuerdo que tras ese día estuvo al menos una semana alterado. Iba a trabajar más callado que nunca y mascullaba palabras que yo no llegaba a comprender. Creo que temía haber sido descubierto, perder el trabajo y pagar por la fechoría cometida. Visto ahora, fue una verdadera temeridad que nos podía haber llevado a la ruina, de la que, en aquella época, solo nos separaba un bordillo, un error, un golpe de mala suerte. Mi padre nunca me explicó qué lección debía extraer de todo aquello, aunque creo que aprendí varias. Tras ese verano me agarré a los libros con fuerza y todavía hoy no me he despegado del todo de ellos. Creo que fue esa noche cuando decidí que estudiaría Derecho para ser abogado laboralista.

© del texto: Daniel Calles Sánchez, 2025
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2025
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: junio de 2025
ISBN: 978-84-19884-88-6
DL: L 379-2025
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.